Lección 12
17 de Diciembre de 2011

Vivir por el Espíritu

Gilberto G. Theiss

En esta última sección de la epístola (5:16 a 6:10), consideramos la enseñanza de Pablo acerca de lo que cada creyente en Cristo hace, o debiera hacer, con su libertad. El versículo central presenta un nítido contraste entre dos formas de vivir (ver también Romanos 8:4-6). El contexto presenta dos tipos de naturaleza existentes en la vida del cristiano –la carnal y la espiritual–. Ambas naturalezas se disputan un lugar, pensamientos, conductas, palabras, intenciones y deseos. Sin embargo, la manera en cómo alimentemos nuestros sueños y deseos por medio de los cinco sentidos, será el modo en cómo alguna de esas naturalezas prevalecerá. Tenemos dos leones hambrientos dentro de nosotros, el león carnal y el león espiritual. ¿A cuál de ellos estamos alimentando? Recordemos que en un conflicto interior, el león más alimentado es el que terminará venciendo. Desgraciadamente, en nuestros días muchos cristianos no están tomando demasiado en serio este dilema. Como consecuencia, acaban convirtiéndose en cristianos fracasados y llenos de derrotas espirituales. No logran apartarse de sus pecados y acaban conformándose con una vida espiritual abúlica, basada en el argumento diabólico de que somos demasiado débiles y propensos al mal. Es un hecho de que somos débiles y propensos, pero eso no significa que no podamos lograr ser fuertes y vencedores. La gracia de Cristo nos concede perdón y poder para ser más que vencedores en Cristo (Romanos 8:1). La gracia también nos libra de pasar por pruebas que no podamos soportar y nos fortalece en Cristo.

Lectura adicional

“La Palabra de Dios es el alimento espiritual con el cual el cristiano debe fortalecerse en espíritu y en intelecto, a fin de batallar por la verdad y la justicia. La Biblia enseña que todo pecado que nos asedia debe ser desechado, que debe sostenerse la guerra contra el mal hasta que toda mala tendencia haya sido vencida. El agente humano debe colocarse como estudiante voluntario en la escuela de Cristo. Mientras acepta la gracia que se le ofrece libremente, la presencia del Salvador en los pensamientos y en el corazón le darán decisión de propósito para poner a un lado todo peso, a fin de que el corazón sea henchido con toda la plenitud de Dios.

La sencillez de la verdadera piedad debe impartirse en la educación de nuestros jóvenes, para que sepan escapar de la corrupción que hay en el mundo. Debe enseñárseles que los verdaderos seguidores de Cristo servirán a Dios no solo cuando el hacerlo esté de acuerdo con sus inclinaciones, sino también cuando signifique abnegación y llevar la cruz. Los pecados que asedian deben ser combatidos y vencidos. Los rasgos objetables de carácter, sean hereditarios o cultivados, deben ser comparados con la gran regla de justicia, y luego vencidos en la fuerza de Cristo. Día tras día, hora tras hora, ha de continuar en el corazón una obra vigorosa de abnegación y santificación; entonces las accio-

nes darán testimonio de que Jesús mora en el corazón por la fe. La santificación no cierra las avenidas del alma al conocimiento, sino que expande la mente y la inspira a buscar la verdad como tesoro escondido (*Consejos para los maestros,* pp. 433, 434).

Andar en el Espíritu

Deuteronomio 13:4, 5; Romanos 13:13; Efesios 4:1, 17; Colosenses 1:10; Éxodo 16:4; Levítico 18:4; Jeremías 44:23; Gálatas 5:16, 25; Romanos 8:4

Andar en el Espíritu no significa vivir fuera de la regla de oro. Todo aquél que se personifica como cristiano debe andar en el Espíritu y distinguirse de los que viven en la carne, pues la inclinación a la carne es muerte y la del Espíritu es vida (Romanos 8:6). La pregunta que surge en este contexto es: "¿Qué significa vivir en el Espíritu?". Vivir en el Espíritu también significa ser obediente a la Ley de Dios. En Romanos 8:7, Pablo afirmó que "la inclinación de la carne es contraria a Dios, y no se sujeta a la Ley de Dios, ni tampoco puede". Esto indica claramente que la obediencia a la Ley es el fruto de la presencia del Espíritu Santo en la vida. Aquél que vive en el Espíritu no está sujeto a sus pasiones (Romanos 8:9), sino que está sujeto a la voluntad de Dios, que manifiesta su poder en la vida de todo aquél que cree y se entrega a Cristo de manera sincera.

Andar en el Espíritu no es meramente cantar, alabar, predicar o dar estudios bíblicos, sino que se refleja en el caminar del cristiano genuino en cada momento de su vida. La Ley de Dios es una guía segura para que siempre permanezcamos bien lejos del pecado, el que se manifiesta en los deseos de la carne. Vivir en el Espíritu significa dejar de ser esclavo del pecado, para someterse a la voluntad soberana de Dios en todo sentido. Por este motivo es que Pablo fue tan enfático al escribir que "la Ley es espiritual" (Romanos 7:14).

Lecturas adicionales

"Nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma semejanza, como por el Espíritu del Señor". Debemos mantener al Señor siempre ante nosotros. Los que hacen esto, caminan con Dios como lo hizo Enoc, e imperceptiblemente llegan a ser uno con el Padre y el Hijo. Día a día se obra un cambio en la mente y el corazón; las inclinaciones y los hábitos naturales se conforman a las normas y el Espíritu de Dios. Aumentan el conocimiento espiritual y crecen hasta la estatura completa de hombres y mujeres en Cristo Jesús. Reflejan ante el mundo el carácter de Cristo, y moran en él y él en ellos. Cumplen la misión para los que fueron llamados a ser hijos de Dios. Se transforman en la luz del mundo, una ciudad fundada sobre un monte y que no se puede ocultar. "Ninguno que encienda la antorcha la cubre con vasija, o la pone debajo de la cama; mas la pone en un candelero, para que los que entran vean la luz". Los que han recibido la luz de lo alto, despiden los brillantes rayos del Sol de justicia" (*Youth's Instructor*, 25 de octubre, 1894; citado en *Hijos e hijas de de Dios*, p. 298).

"Significa mucho entregar la custodia del alma a Dios. Significa que hemos de vivir y caminar por fe, no confiando y glorificando al yo, si no mirando a Jesús, nuestro Abogado, el Autor y Consumador de nuestra fe. El Espíritu Santo hará su obra sobre el corazón contrito, pero nunca podrá obrar sobre un alma presumida y autosuficiente. Una persona tal tratará de mejorar por su propia sabiduría. Se interpone así entre su alma y el Espíritu Santo, y le impide obrar"...

“El Espíritu Santo desea cooperar con todos los que le reciban y estén dispuestos a ser enseñados por El. Los que se aferran de la verdad y son santificados mediante ella, están tan unidos a Cristo que pueden representarlo en palabra y acción. Están revestidos de Jesús y poseen un poder que los capacita para revelar la verdad a otros. Quiera el Espíritu Santo hablar a los corazones de los integrantes del pueblo de Dios para que sus palabras puedan ser tan escogidas como el oro, al dar el pan de vida a quienes están en transgresión y pecado” (*Manuscrito* 140, 1897; citado en *Alza tus ojos*, p. 351).

El conflicto del cristiano

Gálatas 5:17; Romanos 7:17-24

Es muy fácil para una persona vencer el deseo de fumar cuando nunca ha fumado. Es muy fácil para una persona no sentir deseos por una bebida alcohólica cuando nunca la ha probado. Pero es difícil ponernos en el lugar de una persona que enfrenta una dura batalla a vencer cuando su experiencia con el pecado fue profunda y seria. Cuada uno tiene una lucha especial. Cada ser humano posee luchas semejantes, y otras diferentes, pero la verdad es que todos tenemos luchas en las cuales debemos triunfar en la vida cristiana. Y es verdad también que por el poder del Espíritu, en nuestra vida podemos ser vencedores. Así también es cierto que determinadas pruebas nos perseguirán hasta el mismo fin.

El conflicto entre la carne y el Espíritu es una batalla que todos los días tendremos que enfrentar mientras vivamos en esta tierra. Es posible vencer al pecado, pero no lograremos erradicar la fuerza que él puede eventualmente tener en nosotros. Eso sucederá cuando Jesús vuelva y nuestro cuerpo corruptible se vista de incorruptibilidad. Nuestro ser ha sido corrompido y deseamos sólo lo que no sirve. No obstante, eso no significa que debemos arrojar la toalla y entregarnos a las pasiones de la vida. Dios, a través de Jesús, nos acepta como sus hijos y cuando aceptamos el llamado a ser hijos de Dios, Él nos concede su Espíritu para liberarnos y para capacitarnos para ser vencedores por la fe. Dos leones combaten dentro de nosotros, y el león de la vida espiritual vencerá en la batalla cuando dejemos de alimentar al león carnal y lo hagamos con el león espiritual.

La santificación depende de la obra del Espíritu Santo en nosotros, pero también depende de nuestra disposición a desear vencer y ser transformados. Recordemos que, asiduamente, las dos naturalezas existentes en nosotros se traban en lucha en el ring de la vida. La carne y el Espíritu luchan por obtener el control de nuestro ser entero. El vencedor saldrá como consecuencia del modo en que conduzcamos nuestra vida y velemos los cinco sentidos del alma.

Lectura adicional

“La santificación es una tarea diaria. Que nadie se engañe a sí mismo pensando que Dios lo perdonará y bendecirá mientras continúe pisoteando uno de sus requerimientos. La comisión voluntaria de un pecado reconocido silencia el testimonio de la voz del Espíritu, y separa el alma de Dios. No importa cuál sea el éxtasis del sentimiento religioso, Jesús no puede morar en el corazón de la persona que desprecia la ley divina. Dios honrará únicamente a los que le honran.

"Si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis". Si consentimos el enojo, la pasión, la codicia, el odio, el egoísmo o

cualquier otro pecado, nos hacemos esclavos del pecado. "Ninguno puede servir a dos señores". Si servimos al pecado, no podemos servir a Cristo. El cristiano experimentará las exigencias del pecado, porque la carne codicia contra el Espíritu; pero el Espíritu lucha contra la carne, manteniendo una guerra constante. Aquí es donde se necesita la ayuda de Cristo. La debilidad humana se une con la fuerza divina y la fe exclama: 'Gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo' (1 Corintios 15:57)" (*Exaltad a Jesús,* p. 138).

Las obras de la carne

Jeremías 7:9; Oseas 4:2; Marcos 7:21; 2 Timoteo 3:2. 3; 1 Pedro 4:3; Apocalipsis 21:8

Las "obras de la carne" también pueden ser explicadas como "obras del pecado" o como consecuencias y resultados del pecado. Esto podría sugerir que el pecado debe ser más grave e ir más allá de un acto en sí mismo. Pecado, según las Escrituras, es el quebrantamiento de la Ley de Dios (1 Juan 3:4). Pero si analizamos el texto bíblico de manera criteriosa percibiremos que, antes que el pecado sea la transgresión de la Ley, parece ser otra cosa. Juan afirma que el pecado "también" es transgresión de la Ley. Un buen ejemplo para que entendamos la expresión de Juan es el siguiente. Hoy visto una chaqueta. Esto significa que, además de la chaqueta, debiera tener otra cosa debajo, tal vez una camisa. El pecado, antes de ser la transgresión de la Ley es el apartamiento o distanciamiento de Dios (Isaías 59:2). Por esto es que cuanto más distantes de Dios nos encontremos, más vulnerables nos volveremos a las tentaciones y al pecado. Por lo tanto, matar, robar, mentir, adulterar y otras cosas más son verdaderamente obras de la carne, o –mejor aún– frutos del pecado, porque –en esencia– el pecado es apartarse o distanciarse de Dios. Cuando más lejos de Dios estemos, más visibles serán las obras de la carne en nosotros. Por esto es que una comunión y una relación profunda con Dios es tan necesaria, pues así las tentaciones perderán su fuerza contra nosotros en la medida en la que estemos más cerca del Señor. Cuanto más oremos, estudiemos la Biblia y enseñemos a otros estas verdades transformadoras, más distantes Satanás y sus ángeles estarán de nosotros, y más fuerte ser irá convirtiendo nuestra naturaleza espiritual.

Lecturas adicionales

"En toda época, la transgresión de la ley de Dios fue seguida por el mismo resultado. En los días de Noé, cuando se violó todo principio del bien hacer, y la iniquidad se volvió tan arraigada y difundida que Dios no pudo soportarla más, se promulgó el decreto: 'Raeré los hombres que he creado de sobre la faz de la tierra' (Génesis 6:7). En los tiempos de Abraham, el pueblo de Sodoma desafió abiertamente a Dios y a su ley; y se manifestó la misma perversidad, la misma corrupción y la misma sensualidad desenfrenada que habían distinguido al mundo antediluviano. Los habitantes de Sodoma sobrepasaron los límites de la tolerancia divina, y contra ellos se encendió el fuego de la venganza".

"El tiempo que precedió al cautiverio de las diez tribus de Israel se destacó por una desobediencia y una perversidad similares. No se tenía en cuenta para nada la ley de Dios, y esto abrió las compuertas de la iniquidad sobre Israel. Oseas declaró: 'Jehová pleitea con los moradores de la tierra; porque no hay verdad, ni misericordia, ni conocimiento de Dios en la tierra. Perjurar, y mentir, y matar, y hurtar y adulterar prevalecieron, y sangres se tocaron con sangres' (Oseas 4:1, 2)" (*Profetas y reyes,* p. 222).

“Si no hubiera nada más en todas las Escrituras que señalase definidamente el camino al cielo, lo tenemos aquí en estas palabras. Nos dicen qué es la conversión. Nos indican qué debemos hacer para ser salvos. Y, mis amigos, quiero decirles que esto golpea directamente en la raíz de la obra superficial en el mundo religioso. Choca directamente con la idea de que uno puede llegar a ser un hijo de Dios sin experimentar ningún cambio especial. Si la verdad de Dios halla cabida en nuestros corazones, se produce en nosotros un cambio decidido, porque tiene un poder santificador sobre la vida y el carácter. Cuando veamos los frutos de la justificación en los que manifiestan poseer la verdad avanzada, como nosotros manifestamos tenerla, entonces habrá un curso de acción que dará testimonio de que hemos aprendido de Cristo” (*Fe y obras*, p. 62).

El fruto del Espíritu

Gálatas 5:22-24; Mateo 5:21, 22, 27, 28; 22:35-40

El fruto del Espíritu fue presentado por Pablo como la evidencia del poder de la gracia en la vida de los que están en Cristo. Sería interesante que escribiéramos estas nueve virtudes en un papel y las colocáramos en la cabecera de nuestra cama, en las puertas del ropero, en la contratapa de la Biblia, en la puerta que usamos rutinariamente para entrar en casa, en el parabrisas del auto, para que no olvidemos jamás este ideal a ser alcanzado.

Está claro que eso no depende de nuestras fuerzas, pues está fuera de nosotros el ser moldeados según esos principios. No obstante, por el poder de Dios y el profundo deseo que nos corresponde ejercer, este fruto gradualmente puede pasar a ser impreso en nuestra vida de manera milagrosa. Allí está la verdadera esencia de la perfección cristiana. Ser perfecto como Dios es no está relacionado con ningún factor externo por naturaleza, sino a todos los factores internos. Ser perfecto como Dios es perfecto, implica amar como Dios ama, tener compasión como la que Dios tiene, ser misericordioso como Dios, y además de ejercer el dominio propio y otras virtudes relacionadas en la lista de Pablo. Está claro que el amor es la virtud de todas las demás virtudes. Sin amor, nada más tendría sentido. No es posible representar a Dios y su carácter sin este don maravilloso, pleno y absoluto.

El fruto del Espíritu contrasta con las obras de la carne y muestra el ideal divino en la santificación del corazón del hombre. Somos objeto del fruto del Espíritu, pues exactamente eso lo que el Espíritu, persistentemente, desea hacer en nuestra vida.

Lecturas adicionales

“Nos entregamos descuidadamente al pecado porque no vemos a Jesús. No consideraríamos tan livianamente el pecado, si apreciáramos el hecho de que él hiere a nuestro Señor... Una justa apreciación del carácter de Dios nos capacitaría para representarlo ante el mundo. La aspereza, la rudeza en las palabras o las maneras, la conversación necia y las palabras apasionadas no pueden existir en el alma que mira continuamente a Jesús. El que mora en Cristo vive en una atmósfera que proscribe al pecado, y no permite la menor excusa para nada semejante. La vida espiritual no se alimenta desde adentro, sino que obtiene su alimento de Cristo, como el pámpano lo toma de la vid. A cada momento dependemos de él, nuestra fuente de abastecimiento. Todas nuestras formalidades exteriores; las oraciones, los ayunos, y las limosnas, no pueden ocupar el

lugar de la obra interior del Espíritu de Dios en el corazón humano” (*Youth’s Instructor*, 10 de febrero, 1898; citado en *Hijos e hijas de Dios*, p. 292).

“Cuando uno ha quedado completamente despojado del yo, cuando todo falso dios es excluido del alma, el vacío es llenado por el influjo del Espíritu de Cristo. El tal tiene la fe que purifica el alma de la contaminación. Queda conformado con el Espíritu, y obedece a las cosas del Espíritu. No tiene confianza en sí mismo. Para él, Cristo es todo y está en todo. Recibe con mansedumbre la verdad que le es constantemente revelada, y da al Señor toda la gloria, diciendo: ‘Dios nos lo reveló a nosotros por el Espíritu’. ‘Y nosotros hemos recibido, no el espíritu del mundo, sino el Espíritu que es de Dios, para que conozcamos lo que Dios nos ha dado’ (1 Corintios 2:10, 12)”

“El Espíritu revelador también obra en él los frutos de justicia. Cristo está en él, como ‘fuente de agua que salte para vida eterna’ (Juan 4:14). El es un sarmiento de la Vid verdadera y produce ricos racimos de fruta para gloria de Dios. ¿Cuál es el carácter del fruto producido? El fruto del Espíritu es ‘caridad’, no odio; ‘gozo’, no descontento y aflicción; ‘paz’, no irritación, ansiedad y pruebas fabricadas. Es ‘tolerancia, benignidad, bondad, te, mansedumbre, templanza’ (Gálatas 5:22, 23)” (*Obreros evangélicos*, p. 304).

“La unión de los creyentes con Cristo resultará naturalmente en la unión de los unos con los otros, el vínculo más resistente de la tierra. Somos uno con Cristo, así como Cristo es uno con el Padre. Los cristianos son los pámpanos, y sólo pámpanos, en la Vid viviente... Nuestra vida debe proceder de la cepa. Únicamente como resultado de una unión personal con Cristo, de una comunión con él día tras día y hora tras hora, podemos llevar los frutos del Espíritu Santo... Nuestro crecimiento en la gracia, nuestra alegría, nuestra utilidad, todo depende de nuestra unión con Cristo y del grado de fe que tengamos en él” (*Testimonies for the Church*, tomo 5, pp. 47, 48; citado en *La maravillosa gracia*, p. 211).

El camino a la victoria
Gálatas 5:16-26

No nos es posible vencer a los pecados, en esencia, pero es posible vencerlos como actos. Es difícil decir palabras como éstas en nuestros días, siendo que muchos son tildados como perfeccionistas al afirmar que el pecado puede ser vencido. Nuestro frágil ser permanecerá todos los días con nosotros hasta el día de la glorificación, pero los frutos de esa fragilidad pueden ser renunciados y abandonados. Un hombre que vive con dos mujeres puede, por el poder de Dios, pasar a vivir sólo con una. Un joven esclavizado a las drogas, por el poder de Dios, puede ser verdaderamente libre de ellas. Un hombre puede abandonar el adulterio, dejar el cigarrillo, o cualquier otra clase de condescendencia pecaminosa. La gracia puede hacer que cualquier humano se convierta en más que vencedor en Cristo.

No es bíblica la idea que ha surgido por allí que la gracia nos salva independientemente de lo que continuemos haciendo luego de ser alcanzado por ella. La gracia que salva es la misma que nos libera de la esclavitud del pecado. Dios, por su poder, nos habilita a ser victoriosos. Gradualmente el Espíritu de Dios va moldeándonos utilizando incluso nuestra propia experiencia de vida.

La transformación del corazón humano parte de nuestra propia decisión y deseo, pero es una obra de responsabilidad de Dios. Él es quien se encarga de concedernos la victo-

ria sobre el pecado. Claro que, aún viviendo una vida piadosa y espiritualidad vibrante, mientras vivamos aquí en la tierra, jamás dejaremos de ser miserables en nuestro ser esencial. Somos deudores delante de Dios y jamás seremos capaces de pagar esa deuda. En verdad, aún cuando esto pueda ser así, Dios nos pide sólo nuestro corazón, que en realidad representa todo el ser.

El camino de la victoria significa aprender lo que Dios ama y odiar lo que Dios odia. ES obra del Espíritu Santo colocar esto en nuestro corazón. Notemos que "la carrera no es del veloz, ni la batalla del fuerte. El santo más débil, tanto como el más fuerte, puede llevar la corona de gloria inmortal. Puede ganarla todo el que, por el poder de la gracia divina, pone su vida en conformidad con la voluntad de Cristo. Demasiado a menudo se considera como asunto sin importancia, demasiado trivial para exigir la atención, la práctica en los detalles de la vida, de los principios sentados en la Palabra de Dios. Pero en vista del resultado que está en juego, nada de lo que ayude o estorbe es pequeño. Todo acto pesa en la balanza que determina la victoria o el fracaso de la vida. La recompensa dada a los que venzan estará en proporción con la energía y el fervor con que hayan luchado..." (*Exaltad a Jesús*, p. 143).

Lectura adicional

"El trabajo que se nos ha dado en esta vida es una preparación para la vida eterna. Si lo realizamos como Dios quiere que lo hagamos, toda tentación puede obrar para nuestro progreso; porque en la medida que resistamos sus seducciones, avanzaremos en la vida divina. En el calor del conflicto, estarán a nuestro lado agentes invisibles, a los cuales el cielo ordenó que nos ayuden en nuestras luchas; y en la crisis serán impartidas fuerzas, firmeza y energía, y tendremos un poder superior al mortal.

Pero a menos que el agente humano ponga su voluntad en armonía con la voluntad de Dios, y a menos que abandone todo ídolo y venza toda mala práctica, no tendrá éxito en la guerra, sino que será finalmente vencido. Los que quieren ser vencedores deben entrar en conflicto con agentes invisibles; deben vencer la corrupción interior y poner todo pensamiento bajo el dominio de Cristo".

"El Espíritu Santo obra incesantemente, procurando purificar, refinar y disciplinar las almas de los hombres, a fin de hacerlos idóneos para la compañía de los santos y los ángeles. . . Como hijos de Dios, debemos hacer esfuerzos fervientes para vencer; como estudiantes que procuran honrar y glorificar a Dios, debemos estudiar para ser aprobados de él como obreros que no tienen de qué avergonzarse" (*Consejos para los maestros, padres y alumnos*, pp. 225, 226).

Gilberto G. Theiss
Traducción: Rolando D. Chuquimia
RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©

RECURSOS ESCUELA SABATICA
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática